

CERVANTES MÁS ALLÁ DE LA LIBERTAD ABSOLUTA DE DON QUIJOTE

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO

Numerario

Es indudable que el *Quijote* es un libro de aventuras, concebido y escrito a modo de ingeniosa parodia de los libros de caballerías, que desde antiguo era el género más popular en y de toda Europa. Estos libros contaban los hechos de caballeros y princesas encantadas, de malvados hechiceros y terroríficos dragones y de prodigiosos encantamientos; también historias de amor, de heroísmo sin límite ni fatiga, ocurrido todo ello en escenarios tan lejanos como exóticos y en tiempos remotos. El héroe era un dechado de virtudes destinado a ayudar a los demás restableciendo la justicia en aras de la libertad, aunque en ese empeño le fuera la vida.

No es menos cierto, sin embargo, que este mundo aventurero estaba en franca decadencia cuando Cervantes emprende su heroica aventura de escribir el *Quijote*, por lo que se hacía innecesario su tremendo esfuerzo de escritor para que estos libros cayesen en el olvido de los embelesados lectores, objetivo señalado reiteradamente en la obra, pues las novelas de caballerías dejarían de publicarse con y sin la existencia del caballero manchego. Por tanto, para lograr esa primaria pero evidente finalidad, Cervantes escribe otra novela de caballerías, pero no según el uso y características de las que se propone erradicar, por lo que inventa un personaje que, en realidad, es un antihéroe del protagonista caballeresco y le pone en ridículo hasta la saciedad. Y esto

es así, como lo es, pero Cervantes jamás se mofará del código de valores que esos esforzados caballeros honran y defienden. Será, pues, Don Quijote un hombre estrafalario y anacrónico a caballo en un tiempo en el que ya no existen abnegados caballeros como los predicados por esos libros, pero fiel y leal representante de los valores que con tanto ardor y valentía defendían.

Y no existen ya caballeros andantes porque, como dice Don Quijote con valor de acusación en I-II, «no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas las armas desde los pies a la cabeza; y ya no hay quien, sin sacar los pies de los estribos, arrimado a su lanza, sólo procure descabezar, como dicen, el sueño, como lo hacían los caballeros andantes (...). Mas ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros...».

Sin embargo, Don Quijote no pretende resucitar aquella edad en que existirían esos esforzados caballeros –pues nunca existió dicha edad–, sino algo mucho más ambicioso: transformar la ficción en realidad vivida, lo que es, precisamente, su vida: ficción convertida realidad. Es decir, Don Quijote vive la vida de un personaje por él inventado hasta el día de su muerte en que vuelve a ser su propia persona para morir cuerdo. Así pues, la azarosa y aventurera vida de Don Quijote es una prodigiosa péndola que escribe la más fantástica y gloriosa novela de caballerías. Y este personaje antiheroico y ridículo, pero con esos presupuestos éticos y morales, ha de ser creíble y por eso nace en libertad, para realizar el código caballeresco de manera ridícula, de donde surge la parodia de esas novelas que el autor pretende expulsar de la plaza pública. Y como ser absolutamente libre que es, será también hijo de sus obras como cada mortal de las suyas.

En efecto, Don Quijote nace sin patria chica adjudicada, y sin familia conocida más allá de una sobrina, y sin infancia ni juventud reseñadas; incluso, sin apellidos ciertos, pues no pasan de conjeturas dispersas en los archivos de pueblos manchegos. Y estos factores los convierte Cervantes en indicios de libertad para el personaje al mostrarlos ausentes, puesto que no le adjudica ninguna dependencia genética ni geográfica. Así pues, desde esta libertad plena decide lanzarse al mundo; y cuando ha encontrado el «alto y sonoro» nombre de *Rocinante* para su caballo después de cuatro días de arduas cavilaciones, y recabó para sí el de *Don Quijote de la Mancha*, en cuyo hallazgo invirtió otros ocho, y después de haber limpiado unas armas viejas y oxidadas y, por supuesto, después de haber encontrado en su imaginación «una dama de quien enamorarse», «porque caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma», puso «en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo... según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer».

Por tanto, confundido Don Quijote por la locura a que le han llevado esos perniciosos libros, mejor dicho el mal uso que hacen del lenguaje, enredado en intrincadas razones, cree que la única realidad verdadera es la predicada en ellos. Y gracias a esta fantástica confusión entre lo realmente real y lo imaginario, Don Quijote con absoluta libertad decide hacerse caballero para aplicar en su mundo actual el código de la antigua caballería, con lo que introduce un elemento de justicia y de piedad y, por supuesto, de bondad, «el caballero de la bondad» le llama Unamuno ¹, en una sociedad que carece de todo ello. Así pues, Don Quijote es libre porque ha decidido él por sí mismo cómo quiere vivir, una vez que se dispone a cumplir sus sueños, aunque por ello le traten de loco y estafalario ².

¹ UNAMUNO, Miguel: *Vida de Don Quijote y Sancho*.

² Hay otro personaje en el *Quijote* que también, motivado por los libros de caballerías, confunde la ficción literaria con la realidad histórica acontecida. Me refiero al ventero del capítulo XXXII-I, que antepone las fingidas historias de don Cirongilio de Tracia y las de don Felixmarte de Hicarnia a las historias y proezas del *Gran Capitán* y a las de

Y tendrá que superar numerosos obstáculos para ejercer su locura y morir, al final, cuerdo, obstáculos que los lectores valoramos como derrotas suficientes para que regrese a casa; sin embargo, nuestro flamante caballero las percibe como transmutaciones de la realidad urdidas por envidiosos encantadores que no admiten sus triunfos –de él– porque su fama y prestigio –de ellos– se verían relegados. Y porque no valora sus descalabros como derrotas, su voluntad se mantiene incólume para afrontar la siguiente aventura y dar, así, cumplida cuenta de su profesión recién estrenada. A este respecto, comenta Pedro Salinas: «Don Quijote siempre por los suelos, siempre derrotado, siempre apaleado, nunca es vencido. A fuerza de paciencia, si le vencen se pone en pie, continúa mañana. De esta suerte lo que hace Don Quijote es convertir el fracaso en algo como una etapa, como un escalón hacia el deseado triunfo futuro»³.

Además, no todas las aventuras de Don Quijote desembocan en estrepitosas derrotas; también se cuentan victorias objetivas, conseguidas unas por medio de las armas –la del yelmo de Mambrino y la que se cobra sobre el Caballero del Bosque, por ejemplo–, y la más trascendental de todas: al confirmar su independencia y autenticidad sobre el usurpador *Quijote* de Avellaneda cuando hace firmar a don Álvaro Tarfe, «ante el alcalde del lugar», que no le ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y que no es él «el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza, mi escudero, es aquel que vuestra merced conoció.

-Eso haré yo de muy buena gana –respondió don Álvaro...», como leemos en LXXII-II.

García de Paredes. Y como hiciera intento el barbero que acompaña al cura de quemar los caballerescos libros, se opuso con decisión el ventero y brindó como sustitutos en la hoguera los que narran las historias de los dos personajes históricos. Y como el cura le viera tan identificado con lo que esos libros de caballerías cuentan, le dijo entre otras cosas: «...y quiera Dios que no cojeéis del pie que cojea vuestro huésped don Quijote. -Eso no –respondió el ventero–, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante: que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros» XXXII-I.

³ SALINAS, Pedro: «Lo que debemos a Don Quijote», en *Quijote y lectura. Defensas y fragmentos*, pág. 64.

Así pues, con su irrevocable decisión de salir a la plaza del mundo a ejercitar su profesión de caballero andante, sale muy de mañana por las puertas falsas de su casa y empieza a cabalgar por los anchos campos de Montiel. Mas muy pronto le aviene una duda y, casi, casi, nos quedamos sin caballero andante y, por tanto, sin libro. En efecto; nada más verse en campo abierto, «le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la memoria que no era armado caballero, y que conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase.

Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron según él había leído en los libros que tal le tenían»⁴.

He aquí, pues, el primer gran acto de voluntad que realiza Don Quijote en plena libertad, y es, además, su primera gran batalla ganada por la fuerza de su locura venciendo esas dudas y titubeos, por su férrea voluntad de superar obstáculos y por lo inexorable de su destino. Claro está que en esta inexorabilidad no se ha de ver un determinismo prescrito que anule la libertad de elección del personaje, porque en ese preciso momento Don Quijote es tan libre de seguir su recién iniciado camino y armarse caballero «del primero que topase» como de regresar a casa y dar por concluida su iniciada y prodigiosa aventura. Mas pudo más su locura, y continúa por los caminos a capricho de su caballo en busca de ocasiones en que pueda ejercitar su ya asumido oficio o profesión de caballero andante. Y subrayo que es éste su primer acto propio de libertad plena porque antes, en el primer capítulo, hubo de superar otra trascendental prueba ocasionada también por la lectura de esos libros caballerescos: valoró la posibilidad de continuar la *Historia de don Belianís de Grecia*, cuyo autor había dejado inconclusa. Y cierto es que Don Quijote no la prolongó, pero con su vida andariega compone el más glorioso de todos los libros habidos de la andante caballería. En fin, resuelta esta última duda «se quietó y prosiguió su camino, sin

⁴ El *Quijote*. II-I

llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en ello consistía la fuerza de las aventuras», porque era común que el caballero se entregara al azar del caballo para afrontar cualquier desafuero que la ocasión le deparara.

Pues bien, para resaltar este libre y liberal proceder de Don Quijote lo contrastaré con el hacer de la vieja Celestina, personaje «fieramente humano» y eminentemente libre, cuando se dirige por vez primera a casa de Melibea para que acceda a los requerimientos amorosos de Calisto: recuerden que se va hablando por la calle en magistral monodílogo, como dice Unamuno y quiere Antonio Machado; recuerden también que ha prometido, muy a la ligera, a Calisto y a Pármeno visitar a la joven y les ha asegurado éxito en la empresa encomendada. Pero ahora, sola por la calle, cuando le aguarda un sustancioso peligro, le surgen dudas y temores, y sopesa las terribles consecuencias para su persona si son descubiertas sus segundas intenciones. ¿Pero qué dirán si me vuelvo? –viene a preguntarse. Y sabemos que continúa con la encomienda, mas no por libre decisión, no por voluntad propia, no por un acto de elección personal y libre como había hecho Don Quijote, sino porque todos los agüeros que encuentra en su caminar «se aderezan favorables... Cuatro hombres que he topado, a los tres llaman Juanes y los dos son cornudos. La primera palabra que oí por la calle fue de achaque de amores. Nunca he tropezado como otras veces. Las piedras parece que se apartan y me hacen lugar que pase. Ni me estorban las haldas ni siento cansancio al andar. Todos me saludan. Ni perro me ha ladrado ni ave negra he visto, tordo ni cuervo ni otras nocturnas. Y lo mejor de todo es que veo a Lucrecia a la puerta de Melibea. Prima es de Elicia. No me será contraria», leemos en el IV acto.

Mas si hubiera encontrado algún presagio contrario a su creencia bruñeril; si en vez de cuatro hombres llamados Juanes hubiera dado con cinco y sólo uno o cuatro fueran cornudos; si hubiese oído cualquier otra palabra que no hubiera hecho referencia a achaques amorosos; si hubiese tropezado como otras muchas veces le ocurre, o figurase las piedras contradizas y molestas en su camino y no haciéndole un cómodo pasillo, ¿cómo hubiera procedido? ¿Y si se hubiera cruzado con algún aldeano y éste no le hubiera saludado? ¿Y si le hubiera ladrado algún perro o se hubiese encontrado con aves nocturnas? Entonces....

entonces no nos solazaríamos con los amores de Calisto y Melibea, porque Celestina habría desistido de su peligrosa empresa y esos amores no habrían existido. Mas si Celestina hubiera abandonado su compromiso y hubiera regresado a su casa, habría actuado con idéntica libertad y, por tanto, sería un personaje tan libre como con su decisión de seguir con el recado calistino. Celestina es tan libre que puede creer en esos poderes mágicos y esotéricos predicados por la brujería y la superstición, y como tal creyente, actúa. Pero al creer en ellos, su libertad se amengua, porque habría obrado de manera contraria si hubiera visto u oído lo contrario de lo que oyó y vio en su ligero transitar.

Con estos dos ejemplos quiero subrayar los distintos impulsos por que obran estos dos ínclitos personajes de nuestra literatura: Celestina, aunque mujer libre, inteligente y sagaz, como creyente que es en la magia y en la superstición actúa condicionada por estos signos que ella considera significativos; Don Quijote, sin embargo, es absolutamente libre y procede en consonancia con la decisión ya tomada de hacerse caballero, y no sólo no variará su camino por estas pueriles insinuaciones supersticiosas, sino que es tan libre que variará el itinerario que para él había fijado su propio creador y no participará en las justas caballerescas que en Zaragoza se habrían de celebrar, a pesar de que el autor hubiera anunciado que sí asistiría.

Pero retomemos el ejemplo de nuestro flamante caballero con el que, en definitiva, el mágico escritor juega con los lectores haciéndonos ver que casi nos quedamos sin la continuación de las recién emprendidas aventuras quijotescas. Y estos indicios de burlas, de bromas con los lectores entrañablemente humanas de Cervantes ya se manifiestan en el prólogo primero, cuando afirma que más que padre es «padrastró» de la obra; que él, convertido en «segundo autor», no es sino simple recopilador de esas aventuras que se hallan dispersas por los archivos y anales manchegos. Y por este camino de recopilación, el sabio narrador va a llegar a extremos inverosímiles a lo largo de la obra: el primero ocurre en el capítulo VIII-I al no concluir la feroz pelea de Don Quijote con el bravo vizcaíno, argumentando que «deja pendiente el autor de esta historia esta batalla, disculpándose que no halló más escrito destas hazañas de don Quijote, de las que deja referidas». Supone, pues, esta interrupción brusca e inesperada y en el momento decisivo de la pelea

un paso más en esa ironía del narrador sobre los lectores: Don Quijote casi nos deja sin sus aventuras porque no era caballero y no podía ejercitar, por tanto, su recién elegido oficio; ahora, el sabio narrador nos deja sin libro con intención jocosa. Pero levantemos la vista del libro: hasta este momento la historia de Don Quijote (VIII-I) ha sido contada en primera persona («no quiero acordarme») por un narrador innominado y neutro, que ha recogido las indicaciones que el propio Don Quijote hacía al futuro historiador que escribiría sus aventuras (II-I); pero en I-I, se dice que «hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben» referente al apellido de Don Quijote, con lo que se crea una ambigüedad sobre la identidad de los narradores, traductores y revisores de esta «verdadera historia» que ha sido motivo de amplia discusión entre los comentaristas del *Quijote*. Y es así hasta el extremo de saber, sí, que Cervantes escribió el *Quijote*, pero resulta difícil alcanzar un consenso entre los lectores y críticos literarios sobre el número de narradores que aparecen en un momento, desaparecen durante muchos capítulos, reaparecen después y contamos otros en las distintas personas narrativas, por lo que cabe preguntarse ¿quién narra las aventuras de la extraordinaria pareja sin par? En cualquier caso este cúmulo de narradores no es sino testimonio de una poética de la libertad creativa que inicia Cervantes y con ella triunfa como fascinante autor.

Pero siguiendo la historia escrita, reescrita y traducida, dice un tercer autor (que muy bien puede ser el del prólogo, o el del primer capítulo que *no quiere acordarse* de ese ignoto lugar manchego), «que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia (la pelea entre Don Quijote y el vizcaíno) estuviese entregada a las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos o en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen; y así, con esta imaginación, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el cual, siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte» (VIII-I).

Y por este camino de «padrastro», «segundo autor», Cide Hamete Benengeli y otros autores «que deste caso escriben» y no se ponen de acuerdo ni en el nombre y apellido de numerosos personajes, y de la mano de este asombroso escritor llegamos a una doble conclusión al

final del relato: que don Quijote y Sancho Panza han sido, en verdad, los verdaderos protagonistas de la novela, sin ningún tercero que se lo dispute... Pero al final, después de la palabra *Vale* con que se cierra la novela, cuando cerramos el libro y nos quedamos absortos y pensativos con el dibujo de una sonrisa en el rostro, nos damos cuenta de que el verdadero protagonista ha sido Cervantes, regocijo de las musas... Sí, más allá de las proezas de don Quijote y de las gracias y gobiernos de Sancho; más allá de la plena libertad de que gozan todos los personajes de la novela, y los lectores, que pueden creer, a discreción, que es *yelmo* o *bacia* el botín de Don Quijote, o que está loco o cuerdo... ¿«En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía» –pregunta Don Quijote a Sancho en el capítulo II-II–, más allá de todo ello está la inventiva creadora del mágico escritor, Miguel de Cervantes, que ha hecho entrar y salir de la novela a convecinos de nuestra sin par pareja, con los que hablan y discuten; que él mismo se convierte en personaje de ficción al introducirse en el relato caminando por el Alcaná de Toledo y leyendo «aunque sean los papeles rotos de las calles»; que ha hecho convivir al caballero y su escudero con páginas vivas de la historia de España para hacer de todo un uno inseparable: realidad-ficción... Y por el camino de la metaliteratura, la famosa pareja ya goza de fama y renombre en la segunda parte, son reconocidos por personajes que han leído su historia, y el prodigioso creador se apropia de un personaje del falso *Quijote* para atestiguar la veracidad de nuestros héroes... Así pues, autor, personajes, lectores y público conforman una misma sociedad y comparten un mismo tiempo y una misma tierra y un mismo censo... Todo esto es prodigioso.

Y aún más allá de la maestría de Cervantes se alza su humanidad, pues cuando escribe la II Parte tiene ya 68 años, está en la miseria, ha padecido desdichas de toda clase en la guerra y en el cautiverio; el honor de su hogar no es de los más deseables; ha recibido burlas y humillaciones en tertulias y cenáculos literarios y, a pesar de todo ello y por encima de sus angustias, de sus estrecheces y de sus penas, el buen humor y el agudo donaire se desbordan por las páginas del *Quijote*. Y sobre todo ello aún: Cervantes obra en libertad, quiere que sus personajes sean absolutamente libres y deja plena libertad también a los lectores para que juzguen lo que la ocasión les presenta, pues *este raro inventor*

jamás impone ni dogmatiza. Por ello, más allá de Don Quijote y Sancho, más allá del resto de su obra, que ella misma sería suficiente para que este raro y sabio escritor ocupara el peldaño más alto de la narrativa española, está Miguel de Cervantes, egregio escritor jamás suficientemente alabado.

Y para que todo esto sucediera, el destino de Cervantes hubo de superar no pocas ni menguadas contrariedades hasta escribir la novela – problemas con la justicia, el peligro de muerte y las heridas de la guerra, cinco años y medio de cautiverio y esperar que unos pobres frailes lo rescataran; más problemas con la justicia, varios periodos de cárcel y el rechazo de sus pretensiones de desempeñar un empleo en las Américas; además, el fracaso de su vocación militar, y como poeta y como dramaturgo, pues como poeta no quiso darle el cielo el don angelical para sentarse en el Parnaso entre los primeros, aunque en su poesía abundan ejemplos de muy alta calidad; y como dramaturgo, todos sabemos que Lope de Vega, el monstruo de la naturaleza, le cerro todas las puertas del teatro, a pesar del reconocido mérito de algunas de sus obras y de sus Entremeses. Y digo su fracaso como poeta y como autor de teatro porque en esos géneros no ha alcanzado la inalcanzable calidad de su obra novelada y, por ende, la gloria conseguida como prosista, lo que a todas luces resulta imposible. Es decir, que muy bien se puede afirmar ante tanta adversidad superada que estaba predestinado que Cervantes tenía que escribir esta obra para inmortalidad de sus héroes y de sí mismo y orgullo y placer de sus compatriotas.

Y doblegados estos obstáculos por la fuerza del destino, Don Quijote tiene que superar otros muchos para ejercer su locura caballerisca y, al final, morir cuerdo. Claro que esos obstáculos, que los lectores valoramos como derrotas suficientes para que regrese a su casa, el héroe caballeresco los percibe como transmutaciones de la realidad por culpa de sus envidiosos enemigos que no admiten sus triunfos con los que su fama y prestigio – de ellos – se verían relegados. Y precisamente porque no los admite como derrotas, su voluntad se mantiene incólume para afrontar la siguiente aventura y dar cumplida cuenta de su profesión de caballero. Otras aventuras, sin embargo, son victorias objetivas conseguidas por Don Quijote, unas por medio de las armas – la del yelmo de Mambrino y la que se cobra sobre El Caballero de la Blanca

Luna—, y otras al conseguir afirmar su independencia y veracidad sobre el usurpador *Quijote* de Avellaneda cuando hace firmar a don Álvaro de Tarfe «ante el alcalde de este lugar», que no le ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y que no es él «el don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza, mi escudero, es aquel que vuestra merced conoció», como leemos en el capítulo LXXII, II.

-Eso haré yo de muy buena gana —respondió don Álvaro...

Pero la primera de las victorias, ocurrida casi en los mismos inicios de la obra, pasa desapercibida para el común de los lectores. Sucede al principio del segundo capítulo: Don Quijote, que ya ha dado el «alto y sonoro» nombre de *Rocinante* a su caballo después de cuatro días de arduas cavilaciones y recabó para sí el de *Don Quijote de la Mancha*, en cuyo hallazgo pasó otros ocho, y después de haber limpiado unas armas que habían sido de sus bisabuelos y, por supuesto, después de haber encontrado en su imaginación «una dama de quien enamorarse», «porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma», puso «en efecto su pensamiento, apretándole a ello la falta que él pensaba que hacía en el mundo... según eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer». Así pues, Don Quijote, engañado por la locura a que le han conducido los libros de caballerías, mejor dicho el mal uso que hacen del lenguaje descabalado en intrincadas razones, cree que la única realidad verdadera es la predicada por esos nefastos libros. Y gracias a esa confusión entre lo real y lo imaginario, Don Quijote, muy libremente, en plena libertad, decide desempolvar las armas de sus antepasados y hacerse caballero andante para desempeñar y aplicar en su mundo actual el código de la antigua caballería, con lo que introduce un elemento de justicia y de piedad en un mundo que carece por completo de ellas. Por tanto, Don Quijote es libre porque ha decidido él y por sí mismo cómo quiere vivir, lo que viene a significar el triunfo del individualismo y la libertad una vez que decide cumplir sus sueños, aunque por ello le traten de loco.

Mas muy pronto le aviene una duda y, por poco, nos quedamos sin caballero andante y, por tanto, sin libro. En efecto, nada más verse en campo abierto, «le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa; y fue que le vino a la

memoria que no era armado caballero, y que conforme a la ley de caballería, ni podía ni debía tomar armas con ningún caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase.

Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo más su locura que otra razón alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, a imitación de otros muchos que así lo hicieron según él había leído en los libros que tal le tenían».

He aquí, pues, la primera gran batalla ganada por Don Quijote venciendo esas dudas y titubeos por la fuerza de su locura, por su férrea voluntad de superar obstáculos y por lo inexorable de su destino. Claro está que en esta inexorabilidad no se ha de ver un determinismo prescrito que anule la libertad del personaje, porque en ese momento Don Quijote es tan libre de seguir su recién iniciado camino y armarse caballero «del primero que topase» como de regresar a casa y dar por concluida su iniciada aventura. Mas pudo más su locura, y continúa por los campos manchegos en busca de aventuras como prueba y legitimación de su valor y de su ya asumido oficio o profesión de caballero andante.

Con esta decisión de Don Quijote se evidencia un acto de voluntad indoblegable que concuerda plenamente con su libre albedrío y con la plena libertad con que nació: sin patria chica, y sin familia, y sin infancia ni juventud; incluso, sin apellidos ciertos. Y todos ellos los convierte el mágico escritor en indicios de libertad para el personaje al mostrarlos ausentes, puesto que no le adjudica ninguna dependencia genética ni geográfica. Son, como dicen los lingüistas, ausencias que significan. Por tanto, en este acto que comentamos es el propio personaje quien obra por voluntad y libremente: es Don Quijote quien decide ese proceder. Y este es su primer acto propio de libertad absoluta. Porque antes, en el primer capítulo, hubo de superar otra adversidad ocasionada por la lectura misma de los libros de caballerías, una vez que estuvo tentado de continuar las aventuras de don Belianís, protagonista de la *Historia de don Belianís de Grecia*, cuyo autor las dejaba inconclusas mas con la promesa de acabarlas. Y bien es verdad que Don Quijote no redactará la continuación de la *Histotia de Don Belianís*, pero elabora su vida imaginaria igual que si compusiera un libro de caballerías. En fin, resuelta la duda «se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo quería, creyendo que en aquello consistía la fuerza de las

aventuras», pues era común que el caballero se entregara al azar del caballo para afrontar el desafío que la ocasión le deparara.

Para los dos personajes: una vez que sus respectivos autores los crean y conciben libres, los ponen en situaciones difíciles, comprometidas con su honra y su propia vida para que las afronten con plena libertad, según les dicte su propio albedrío. Pero, mientras Don Quijote averigua y acepta su proceder irrenunciable al instante, y ninguna causa ni ruego ni temor serán suficientes para hacerle renunciar de su compromiso, máxime si se relaciona con el código caballeresco, con algo que ataña a su condición de caballero. Sin embargo,...